

Sobre el movimiento social en Chile:

contextos y características del estallido social

Herrera Figueroa, Claudio¹; Santander Gana, María Teresa²; Cea Merino, Pastor³

El catalizador de los eventos fue el alza en la tarifa del sistema público de transporte de Santiago, el cual entró en vigor el domingo 6 de octubre de 2019; tras ello centenares de estudiantes (secundarios principalmente) se organizaron para realizar actos de evasión masiva en el Metro de Santiago, con el correr de los días, el número de evasores se incrementó y se registraron diversos incidentes dentro de las estaciones del ferrocarril subterráneo. La situación alcanzó el clímax social el día “*viernes 18 de octubre de 2019*”, denominado hoy 18/O, cuando progresivamente fueron cesadas las operaciones de toda la red subterránea fruto del enfrentamiento entre estudiantes y la policía uniformada (Carabineros), colapsando luego la Avenida Libertador General Bernardo O'Higgins, más conocida como Alameda, la principal avenida de la ciudad de Santiago: se paralizó el tránsito vehicular y las calles se atiborraron de personas por cuadras y cuadras; hechos que llevaron al otrora Ministro del Interior, Andrés Chadwick, a interponer querrelas por delitos contemplados por la Ley de Seguridad Interior del Estado contra todos aquellos que hubiesen cometido daños, saqueos e incendios. El día 19 de Octubre el presidente Sebastián Piñera decreta Estado de Emergencia (que incluyó “sacar” los militares a la calle) producto de las protestas hechas a lo largo del país. Esta retahíla de acciones reactivas por parte de la autoridad han permitido la extensión, por más de cinco meses, del conflicto; lo que a continuación se relata representa un fragmento de éste: a saber, dilucidar los orígenes, connotar las características y los antecedentes del movimiento, es decir, pretende retratar

1. Centro de Integración Ingeniería y Sociedad (CIIS), Facultad de Ingeniería, Universidad de Santiago de Chile, claudio.herrera.f@usach.cl.

2. Departamento de Ingeniería Industrial, Facultad de Ingeniería, Universidad de Santiago de Chile, mariteresa.santander@usach.cl.

3. Universidad de Aysén, pastor.cea@uaysen.cl.

una fotografía socio-antropológica del fenómeno tratando de comprenderlo y significarlo más que situarlo en clave politológica futura.

1. Contexto situado

Como argumento de fondo y de mayor peso, se asume, el hecho de que el de modelo “neoliberal” instalado en Chile en dictadura y reforzado en democracia desde hace aproximadamente treinta años, constituye estructuralmente la base a partir de la cual puede explicarse transversalmente el origen y la causa de las múltiples dimensiones que ha abarcado el movimiento que, desde Octubre de 2019, ha permeado a la sociedad chilena.

Esta visión diagnóstica-genérica manifiesta, múltiples y variadas formas que denotan lo que, según creemos, es una característica del entramado sociocultural en cuyo seno se despliega el modelo: dicho de otro modo, la fractura del modelo (agotamiento o fatiga del material de la misma estructura) si bien tuvo un origen singular, a saber el alza de 30 pesos en la tarifa del Metro de Santiago, no es menos cierto que contenía, dentro de sí, múltiples grietas y debilitamientos estructurales que debido a su naturaleza vital denotan las mismas “carencias” internas del entramado o modelo neoliberal.



Santiago, 16-10-2019. Estudiantes saltando torniquete del metro de Santiago producto del alza de la tarifa, evento que comenzó el estallido social. Foto de Agencia Uno. (Diario “El desconcierto”; imagen que acompaña columna de opinión titulada “Evasiones masivas: un ejemplo de rebeldía para un Chile sumiso que no quiere despertar”, columna de Richard Sandoval).

En este sentido, podríamos decir que la diagnosis e interpretación nuestra se despliega y emerge desde lo que denominamos estructura del modelo neoli-

beral, a saber apoyado en instituciones políticas, económicas y sociales que mantienen unido y de manera orgánica a aquel, por tanto más que hablar de una crisis del modelo (que denota, según creemos una connotación más perenne) hablaremos de fracturas y rompimientos que evocan de manera directa las fallas que repercuten en la sociedad chilena, al menos en una parte importante de ella y que podemos traducir someramente en plural como “desigualdades”.

Desigualdades –en este caso sinónimos de las fracturas– que se encuentran plasmadas simbólicamente, por ejemplo, en la evasión del pago de la tarifa del Metro de Santiago, principalmente impulsada por estudiantes secundarios, pero estas se asocian insoslayablemente el concepto de desigualdad –en el caso chileno– y connota más que una visión económica del fenómeno, antes al contrario, esta incluye nociones que genéricamente se encuentran íntimamente asociadas al concepto holístico de bienestar humano (vida digna, buena salud, equidad, igualdad de oportunidades, etc.).

En efecto, la idea de desigualdad en Chile si bien entraña la idea fuerza de la distribución (su mala distribución) de los ingresos no se queda ni mucho menos se encasilla en esa categoría económica; tal percepción se encuentra respaldada por el hecho de que –como dijimos más arriba– la fractura que significó simbólicamente el 18/O implicó el desocultamiento de múltiples dimensiones que bajo la lógica del modelo se encadenan y perpetúan legitimando una autoridad y, más importante aún, legitimando una comprensión de vida en sociedad que muestra muchas más virtudes que defectos, la mayor parte de las primeras amparadas bajo el concepto reduccionista de libertad.

Pues bien, una vez “expuesta” esa causa original (fractura de la que brotó explícita y empíricamente el movimiento social el 18/O) que frisaba un sonambulismo socioeconómico, es posible advertir ciertas cuestiones que para nosotros resultan más que llamativas.

A saber, la primera de ellas de *índole estructural*, es la que atañe al modelo en sí, es decir, a la manera en que después de tantos años (más de treinta años) se legitima y se perpetúa la lógica neoliberal en la sociedad chilena normalizando, de este modo, la percepción reiterada de éxito que contiene un fuerte componente económico y que privilegia al individuo por sobre la sociedad, allí se encuentra en buena medida el leitmotiv del modelo ya que, gracias a las *bondades* del mismo, es posible bajo el paraguas de la libertad alcanzar éxito en la vida. Sin embargo, tal ilusión se adscribe a tan solo un aspecto de la sociedad ya que, producto de la desigualdad innata que genera la lógica neoliberal, la mayor parte de la población no alcanza los estándares de consumo prometidos desde la implantación del modelo.

La legitimación de este, por tanto, se apoya en dimensiones tanto jurídico-legales y económicas como “consuetudinarias”, es decir, existe un entramado legal que sostiene, de manera transversal (desde la dimensión formal de la política) la persistencia del modelo y que ratifica su preeminencia por sobre cuestiones de índole “ideológico-partidarias”; pero, sumado a ello, nos encontramos con un entramado social que ratifica y sostiene ese modelo (como dijimos, a la manera de un consumo sonámbulo) en el mismo tejido social por medio de la normalización de los límites del modelo, es decir, por medio de acciones, objetivos y

justificaciones que se apoyan en la fortaleza de lo individual por sobre lo colectivo o asociativo; esto quiere decir que por medio del esfuerzo individual se genera aquello que, desde dentro del sistema, se conoce como “movilidad social”: escalar (avanzar) socialmente contiene siempre una referencia económica visibilizada en el nivel de consumo.

Ahora bien, este aspecto consuetudinario encuentra eco y “apoyo” negativamente importante en una dimensión que también, en los tiempos que corren, es vital, nos referimos a rol y función de los medios de comunicación que hasta el 18/O se encargaban de instalar una ilusión de sociedad: un bienestar acompañado con una dosis de temor por la propiedad (la pérdida de los preciados bienes de consumo fruto de robos y asaltos, etc.) que era apreciado por la sociedad de manera transversal, no está de más decir que los medios de comunicación también respondían y responden a esta lógica neoliberal en el sentido de monopolizar y centralizar el manejo de la información y del divertimento en general en unos pocos dueños (el monopolio es una característica esencial del modelo “chileno”). Esta ilusión propuesta desde este ámbito también fue parte importante de la fractura antes señalada y denota un literal carpetazo “histórico” que marca un antes y un después en esta parte del análisis sociológico, pero no nos adelantemos.

En síntesis podemos decir que el modelo tiene una doble legitimidad: una legal y otra social, este doble sostén ha permanecido de manera casi incólume por más de treinta años, sin embargo, a partir del 18/O algo cambió y ese cambio no se produjo desde la legitimidad “jurídico-legal” sino que provino desde los actores que habitan (etariamente) los márgenes más alejados del sistema social; quienes produjeron las fracturas fueron jóvenes secundarios menores de 17 años, es decir, aquellos sujetos que una vez salidos de los establecimientos educacionales pasan a integrar el entramado social que absorbe y replica de manera ininterrumpida el modelo neoliberal (con cambios, claro está, desde la llegada de la democracia a comienzos de los años noventa), justamente es esta la segunda cuestión llamativa que se hace necesaria re-significar de manera más detenida.

2. Re-significando la forma de hacer política

Pues bien, como se dijo más arriba existen límites y fuentes formales (e informales) que sostienen y han sostenido el modelo neoliberal chileno por más de treinta años, sin embargo en el último tiempo (durante el gobierno del empresario de derechas Sebastián Piñera) se ha producido una especie de erupción que, partiendo de una dimensión específica como es lo relativo al cobro por el uso del Metro en Santiago de Chile, acarrió una serie de insospechadas consecuencias que ha sacudido no solamente el modelo en sí sino que también la forma en que, como sociedad, nos vemos, nos percibimos, nos sentimos, nos organizamos y nos planteamos frente a la vida tensionando la manera en la que lo plantea –desde una visión economicista– tradicionalmente el modelo económico instalado en Chile.

El alza del pasaje (billete) de Metro de Santiago significó un carpetazo histórico que marcó un antes y un después en la forma en la que, desde ahora, se percibe y se quiere una sociedad diferente menos desigual y más inclusiva y tole-

rante que no se centra exclusivamente en el factor económico como determinante de la vida que puede vivirse en sociedad, en este sentido el rol de los actores antes mencionados resulta vital: fueron los jóvenes secundarios, primeramente, quienes literal y simbólicamente produjeron esa fractura histórica que luego incluyó a más actores pero, lo interesante de todo esto, radica en el hecho de que fue ese segmento etario el que produjo la avalancha de demandas hacia el modelo (encarnado como nunca por el gobierno de derecha de turno) que decantó en la vigente movilización social.

Por lo expuesto pensamos que, de modo implícito y explícito, tenemos tres grandes cuestiones que connotan la actual situación sociopolítica: la **primera** de ellas es el diagnóstico en el que hay una especie de consenso en torno a la fatiga del modelo neoliberal chileno; la **segunda** cuestión o connotación importante –derivada de la anterior– se relaciona con las perspectivas y oportunidades que se le presentan al país y que se condicen con la puesta en práctica de una democracia distinta, un cuidado del medioambiente, un reparto de la riqueza más “equitativo”, una educación de calidad no replicadora del modelo, etc., y la **tercera** connotación es la que más destaca por la originalidad sociológica ya que aquí estriba un segmento de la población civil (estudiantes secundarios y jóvenes) que, a diferencia de los “universitarios” (estudiantes), combina aspectos tanto racionales como afectivos, principalmente estos últimos se imponen, al momento de plantar cara al modelo.



Santiago, 18-01-2020. Marcha (como todas), en donde no se aprecia participación de partidos políticos tradicionales, solamente organizaciones sociales, culturales, juveniles, femeninas, indígenas, etc. Elvis González, Agencia Uno (Extraído de internet, France24.com).

Creemos que una de las causas de ello se relaciona con la apropiación que los jóvenes realizan de la realidad en un sentido pragmático: más allá de los límites formales que el entramado político ofrecía hasta el 18/O, es decir, no confían ni se sienten representados ni legitimados por ninguna estructura que dé cuenta de manera crítica de las fallas y falencias del modelo, en definitiva existe una diferencia entre el segmento aludido (que contiene, a su vez, a otros segmentos que se han ido incorporando paulatinamente) y las estructuras sociopolíticas y económicas formales insoslayable que nosotros denominamos en tono antropológico “**abismo inter-generacional**”.

Puede decirse, de acuerdo a lo observado en estos meses de movilizaciones, que el fenómeno sociocultural del abismo inter-generacional contiene un par de características que *en el plano estrictamente empírico de las movilizaciones* se asocian, entre otras, a:

- **En primer lugar, la forma en que se originan y despliegan las referencias identitarias:** la mayor parte de las referencias provienen del uso y apropiación que hacen de las tecnologías actuales, principalmente de aquellas ligadas al mundo de las comunicaciones (TICs) que generan relatos propios y que se alejan e incluso colisionan con los tradicionales medios de comunicación (televisión, prensa escrita y radio) lo que genera, por lo tanto, creaciones, contenidos simbólicos y sentidos que poco o nada tienen que ver con esas “estructuras” tradicionales de comunicación social. Esta forma de generar sentidos colectivos evidentemente se socializa y se difumina hacia espacios que, cronológicamente, serán ocupados de acuerdo a los caminos que se recorran: hablamos fundamentalmente de los así llamados “**nativos digitales**” (fuera y parte del sistema) y sus familiares cercanos: los “**inmigrantes digitales**”. Fueron los primeros quienes comenzaron los derroteros del 18/O, aunque fueron seguidos de manera casi instantánea por los segundos, esto es, por aquellos que participan de estructuras formales ya establecidas como el ámbito universitario y el ámbito del trabajo (entre otros). En este sentido ambos participan del fenómeno en cuestión aunque temporalmente hay una diferencia entre uno y otro y entre quien comienza con encarar el modelo de manera directa y –por así llamarlo– quien actúa luego de iniciado del estallido social. De todos modos las referencias identitarias son similares y se arremolinan en torno a estéticas y simbolismos ligados a géneros vinculados a tecnologías sociales, literatura de revistas (cómic), música urbana, poesía y literatura urbana, todo ello en franca oposición a estándares tradicionales de identidad estética: estos jóvenes unen sus intereses para enfrentarse al “enemigo común” que es el modelo, representado a su vez, en instituciones como el estado, el empresariado, sistemas (como el educativo), la tradición moral, etc. y lo más importante de todo sin miedo a las represalias del Estado principalmente, como ellos y ellas dicen “no tenemos nada que perder”; finalmente no está de más señalar que estas referencias identitarias no incluyen ningún tipo de referente político formal (partido político) ni de derechas ni de izquierdas, va más allá

de eso manifestando una microfísica del uso del poder no visto hasta hoy en Chile y que genera, como hemos señalado, cohesión identitaria a partir de una doble apropiación: **reflexiva-crítica**, por un lado, y **emocional** por otro, lo que desde ya genera choques con lo “tradicional” pero, más importante aún, impone identidades que van desde el o la estudiante secundario(a) hasta el trabajador (pasando por los y las universitarios, espacios LGTBI, indigenismo, tribus urbanas, ecologismo, feminismo, etc.). Podemos decir, entonces, que los espacios de equidad y respeto (entre personas y con el entorno) se basan en lo que podríamos rotular como **democracia de las emociones**.

- **En segundo lugar, una segunda característica**, íntimamente ligada a la anterior, pero que a diferencia de aquella, se difumina transversalmente en muchas direcciones es la relacionada con el tipo o forma de vincularse colectivamente, que hemos designado de modo simple como **asociatividad tribal**, que vincula en buena medida a diferentes actores sociales aglutinados en las diferencias situadas bajo un mismo paraguas: esencialmente percibimos como el vínculo central la oposición al modelo y sus dimensiones formales e informales (señaladas más arriba). No obstante ello, y de ahí la diferencia con la anterior característica, en este caso encontramos multiplicidad de actores que transitan por verdades diferentes aunque paralelas, ya no solamente se habla de secundarios sino que directamente hablamos de representantes de tribus tan dispares como movimientos musicales, barras bravas de fútbol, juntas de vecinos, asociaciones culturales, asociaciones indígenas, sujetos individuales, feministas, ecologistas, regionalistas, etc., señalamos esto ya que si bien es esencial la asociatividad esta se comprende y adquiere sentido en la práctica, es decir, desplegándose en la “calle”, he ahí el punto de inflexión que posee este movimiento: son los grupos informales y formales organizados quienes, vía medios digitales, convocan y agrupan a los sujetos que participan de estos encuentros regulares desde el mismo día 18/O. En síntesis, estamos en presencia de una acción que combina la manifestación social desde lo colectivo pero que aglutina al sujeto individual: tenemos pues, sociológicamente una similar lectura de la realidad realizada por ambas dimensiones (colectiva e individual) que despliegan naturalezas distintivas a las organizaciones ligadas a la formalidad político-sindical tradicional, estas últimas quedan relegadas de tal lógica de organización microfísica al menos en el ámbito concreto de la lucha callejera: es este el punto de inflexión que marca abismales diferencias al momento de encarar o enfrentar (con los mismos argumentos lógicos, históricos, sociológicos y económicos) el asfixiado modelo chileno.

Como se señaló implícitamente más arriba, el elemento central del presente texto estriba en ellos(as), los jóvenes catalizadores (con la categoría de actores sociales) y el abismo inter-generacional que marca literalmente un antes y un después al momento de pensar y ejercer al accionar político-social de un país.



Coyhaique, 22-10-2019. Marcha en Coyhaique, capital de la Patagonia occidental (1500 kms al sur de Santiago), una de las más masivas en 30 años de democracia. Foto El Patagón domingo.

En efecto, dadas las condiciones de crecimiento, consumo y “reparto” de la riqueza que denota el país siempre supuso una legitimidad que jamás se vio alterada o puesta en riesgo: el marco de legalidad y lo transversal de los actores que se apoyaban (y apoyan) en aquel (políticamente hablando) lo mantenía incólume hasta el 18/0; sin embargo ese día algo cambió en el entramado político-organizacional que se opone a la forma en la que el crecimiento y la riqueza se comprenden socio-culturalmente: más allá de los partidos políticos tradicionales (y nuevos), organizaciones civiles, asociaciones, sindicatos, etcétera fueron los estudiantes secundarios y los jóvenes menores de 25 años quienes irrumpieron –primero en Santiago de Chile y luego en todo el país– en la calle (oponiéndose al alza en la tarifa del Metro de Santiago) señalando que en concreto no eran los 30 pesos en el alza (hacer la conversión) sino los 30 años de políticas sociales y públicas de índole neoliberal las que habían minado la sociedad chilena transformándola en una sociedad sonámbula; ellos y ellas (jóvenes) ante un horizonte, según ellos(as), desalentador poco favorable y que se seguiría perpetuando y legitimando en todos los ámbitos al modelo, se rebelaron y manifestaron una lógica diferente de organización que rápidamente atrajo otras organizaciones y asociaciones pero que simultáneamente convocó al ciudadano común que no se sentía representado ni por el sistema político formal (partidos políticos) ni evidentemente por el modelo.

Finalmente, esta lógica de organización presenta, a su vez, desde sus recientes orígenes una doble connotación: por un lado manifiesta explícitamente una **racionalidad histórico-política** claramente establecida y con raíces que se hunden en un conocimiento de los procesos que llevaron a la instalación de la dictadura cívico-militar pero que, además, denota el hecho de ser “hijos de la democracia” (haber nacido después del año 1990), es decir, son sujetos que

comenzaron a percibir la instalación de políticas y anhelos sociales que se fueron desplegando desde la llegada de la democracia pero con una distinción: el modelo, según esta percepción de la realidad, no se ha desmantelado sólo reformado cosméticamente, ello quiere decir que el sistema económico siempre permaneció incólume y beneficiando a los grupos empresariales de siempre y a los nuevos incluidos quienes formaban parte de los gobiernos y luego de ello se trasladaban a trabajar al mundo privado.

Por otro lado se tiene un componente que se asocia a lo que, dada **la complejidad y microfísica del movimiento, denominamos *desapego estructural formal***, esto es a la forma en la que se vertebra y vehicula el movimiento pensando en la persistencia (tanto en organización como en espíritu) y la sistematicidad que requiere esta nueva forma de hacer política desde la calle. Pues bien, creemos que este “desanclaje político y sociocultural” postula más desafíos e interrogantes que certezas y formalidades estructurales: en efecto, este fenómeno se caracterizaría (inserto en la modernidad líquida) por un desapego generacional hacia los contextos socioculturales y contextos políticos tradicionales que conforman y dan sentido a las interacciones generando, por el contrario, pertinencias, identidades y sentidos (como señalábamos más arriba) estructurados en intervalos espacio-temporales y simbólicos diferentes que difieren e incluso colisionan con los tradicionales sistemas de “expertos” formales (políticos, sociológicos, económicos, etc.). En síntesis, el abismo inter-generacional es más que una fractura temporal aunque dicha grieta dista mucho de sostenerse en el tiempo o de estructurarse sistemáticamente según parámetros estructurales re-significados: lo cierto es que este carpetazo histórico plantea una racional forma de encarar el modelo desde una generación de jóvenes que ha arrastrado al resto de la sociedad que es parte del movimiento social 18/O y que plantea, desde esa racionalidad-sentida, un examen diferente del tipo de sociedad que se requiere en Chile, es decir, es el conocimiento reflexivo sobre el tipo de sociedad que tenemos el que, escatológicamente, ha permeado desde las profundidades críticas del pensamiento al modelo en cuestión desde la calle pero sin apelar a las certidumbres estructurales que en el caso chileno se erigieron en auténticos dogmas: todo conocimiento está sujeto a revisión y ello incluye la forma en la que se ha erigido el modelo de sociedad que se cuestiona desde Octubre pasado, sin embargo, esas nuevas re-significaciones distan mucho de ser (producto de lo dicho recientemente) entramados definitivos y estructurados, diremos que, en estos momentos, están en proceso de desenvolvimiento situado.

3. Comentarios finales

Podemos señalar que este movimiento se caracteriza y logra ser un fenómeno abarcador desde el punto de vista social, entre otras cuestiones, por lo siguiente:

Manifiestar explícitamente la ausencia de líderes políticos: como señalamos más arriba esta práctica de una microfísica del poder sigue manteniéndose y, por lo mismo, sigue siendo una verdadera incógnita la forma en la que se consensuarán los acuerdos que necesita el país: por lo pronto *uno de los resultados y*



Santiago, 25-10-2019. Marcha más grande en Chile en democracia, más de un millón de personas en Santiago. Agencia EFE (Extraído de RTVE.es bajo el rótulo de "Las protestas en Chile se avivan con la marcha más grande de su democracia").

efecto inmediato del movimiento ha sido el de llegar al acuerdo para llamar a plebiscito el día 26 de Abril para proponer (o no) un cambio de la Constitución de 1980 (heredada de Pinochet y modificada en parte durante la democracia post-dictadura). Puede decirse que, a lo sumo, la ausencia de líderes ha sido reemplazada por vocerías u organizaciones (agrupadas en la Mesa de Unidad Social Nacional) y han sido precisamente ellos y ellas quienes han guiado, en parte, la dirección que deben vehicular las demandas sociales estructurales (asociadas a la salud pública, a la educación, al trabajo digno, a la distribución de la riqueza en el país, al cuidado del medio ambiente, etc.).

Manifestar estructuralmente una transversalidad social: esto es poseer una anuencia que va desde la clase baja pasando por la clase media y alcanzado la clase media alta; es decir, no es un movimiento afinado en un segmento socio-económico de la sociedad sino que, por su naturaleza, representa un espectro mayoritario de la sociedad chilena que anhela los cambios demandados y que pretende re-significar lo que es crecimiento económico y bienestar en el país.

Finalmente no podemos soslayar el hecho de que este fastidio y desencanto de la sociedad civil ha connotado hechos de *violencia tanto ligada al Estado como a individuos que participan de la protesta en la calle:* en efecto, tanto a nivel humano como en infraestructura (pública y privada) todo el mundo coincide en que este movimiento ha acarreado esperanza pero –también– dolor y tragedia: más de 30 muertos, enfrentamientos entre ciudadanos, enfrentamientos entre el poder militar y la ciudadanía, más de 3000 civiles hospitalizados, cerca de 2000 carabineros con diversas lesiones, más de 359 heridas oculares (dos personas con ceguera total) producto del uso desproporcionado de la fuerza principalmente re-

alizado por la policía militar (Carabineros) todo lo anterior respaldado por los informes de la CIDH, HRW y ONU, sin duda, desde el fin de la dictadura de Pinochet, han sido los hechos más violentos ocurridos en democracia principalmente por la acción ejercida por agentes del estado pero dependientes del poder civil del gobierno de Sebastián Piñera.

4. Aportes y caminos

En lo que viene, diremos que la emocionalidad acerca de la desigualdad, explicitada etariamente pero vinculante socialmente, significó una apertura del concepto y de la forma de hacer política que ha abierto nuevos caminos que esencialmente vinculan a las personas, los colectivos, las comunidades, la sociedad pero que, en el fondo, desde la denominada democracia de las emociones, creemos que puede connotar otras formas de acordar el tipo de sociedad que se quiere construir-moldear conscientemente y del que se debe ser parte sin soslayar, evidentemente, el *aspecto racional* que solidifica el entramado deseado transversalmente. En definitiva, se trata de destruir la actual situación en términos dialógicos, términos que pueden y deben incluir todos los actores, sean estos expertos o no expertos.

Ahora bien, lo expuesto arriba es importante pero más importante aún es lo que vislumbramos como “lecciones” del estallido social, y estas se asocian a las decisiones racionales que, según creemos, discurren por dos cauces paralelos: una **formal y pactada**, que debe involucrar un “*nuevo pacto social*” asociado a la creación de una nueva constitución política en el país, es decir, consensuar (política, social, cultural y económicamente) un nuevo marco legal entre partidos políticos, organizaciones sociales, universitarias, comunitarias, indígenas, etcétera, que recoja y vehicule las demandas que provocaron el “estallido social” de Octubre de 2019; este gran acuerdo debe ser la base a partir de la cual se debe construir un modelo de país que abarque e involucre a todos y todas. Sin embargo, creemos que este primer aspecto se complementa con el segundo cauce que nos parece esencial al momento de comprender el despliegue de una formalidad pactada (el nuevo pacto social o nueva constitución), nos referimos al cauce **informal y transversal** que *conduce la apropiación del espacio público* desde el espacio público habitado por ciudadanos que puede provocar una re-significación de lo que es democracia entendiendo por ello un giro desde y hacia el re-acoplamiento del sistema económico al sistema político: las razones argumentales, es decir, racionales, fundan la “acción comunicativa” (que nace desde el ciudadano racional) y con ello la comprensión desde lo público, que resulta ser la base de todo acuerdo social y racional posterior.